

Evangelio del Domingo

Manarán torrentes de agua viva

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 7, 37-39).

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie, gritó:

«El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”».

Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él.

Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.

Contenido de la Hoja Semanal

Evangelio:	Del evangelio de san Juan (Jn 7, 37 - 39).
Magisterio:	Exhortación Apostólica “Amoris Laetitia” de SS el Papa Francisco (4)
Propuesta:	Encontrar a Jesús (30)
Testimonio:	Benedicto XVI: de la Audiencia General del día 1 diciembre 2010 (y 3)

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Jesús, en su reflexión sobre el matrimonio, nos remite a otra página del Génesis, el capítulo 2, donde aparece un admirable retrato de la pareja con detalles luminosos. Elijamos sólo dos. El primero es la inquietud del varón que busca **«una ayuda recíproca»** (vv. 18.20), capaz de resolver esa soledad que le perturba y que no es aplacada por la cercanía de los animales y de todo lo creado. La expresión original hebrea nos remite a una relación directa,—los ojos en los ojos— en un diálogo también tácito, porque en el amor los silencios suelen ser más elocuentes que las palabras. Es el encuentro con un rostro, con un «tú» que refleja el amor divino y es **«el comienzo de la fortuna, una ayuda semejante a él y una columna de apoyo»** (Eccl 36,24), como dice un sabio bíblico. O bien, como exclamará la mujer del Cantar de los Cantares en una estupenda profesión de amor y de donación en la reciprocidad: **«Mi amado es mío y yo suya [...] Yo soy para mi amado y mi amado es para mí»** (Cant 2,16; 6,3).

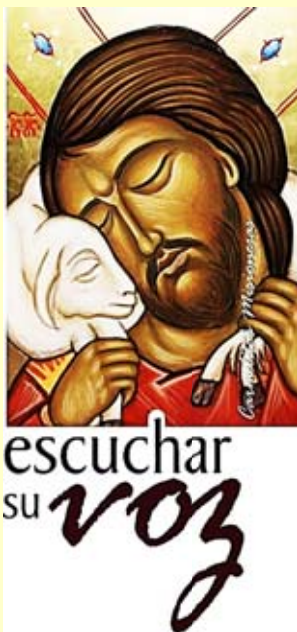


De este encuentro, **que sana la soledad**, surgen la generación y la familia. Este es el segundo detalle que podemos destacar: Adán, que es también el hombre de todos los tiempos y de todas las regiones de nuestro planeta, junto con su mujer, da origen a una nueva familia, como repite Jesús citando el Génesis: **«Se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne»** (Mt 19,5; cf. Gn 2,24). **El verbo «unirse» en el original hebreo indica una estrecha sintonía**, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios: «Mi alma está unida a ti» (Sal 63,9), canta el orante. Se evoca así la unión matrimonial no solamente en su dimensión sexual y corpórea sino también **en su donación voluntaria de amor**. El fruto de esta unión es «ser una sola carne», sea en el abrazo físico, sea en la unión de los corazones y de las vidas y, quizás, en el hijo que nacerá de los dos, el cual llevará en sí, uniéndolas no sólo genéticamente sino también espiritualmente, **las dos «carnes»**.

Tus hijos como brotes de olivo: Retomemos el canto del Salmista. Allí aparecen, dentro de la casa donde el hombre y su esposa están sentados a la mesa, los hijos que los acompañan **«como brotes de olivo»** (Sal 128,3), es decir, **llenos de energía y de vitalidad**. Si los padres son como los fundamentos de la casa, los hijos **son como las «piedras vivas» de la familia** (cf. 1 P 2,5). En el Salmo 127 se exalta el don de los hijos con imágenes: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; **la herencia que da el Señor son los hijos; su salario, el fruto del vientre:** son saetas en mano de un guerrero los hijos de la juventud; dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba: no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza» (vv. 1.3-5). Es verdad que estas imágenes reflejan la cultura de una sociedad antigua, pero la presencia de los hijos es de todos modos un signo de plenitud de la familia **en la continuidad de la misma historia de salvación, de generación en generación**.

Encuentro con Jesús núm. 30

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos».



Estamos en un tiempo especial de la Iglesia celebrando su cumpleaños, **HOY EN PENTECOSTÉS**, el tiempo de la renovación, de la confianza. **El tiempo para volver la mirada al Señor, para dejarnos conducir, para dejarnos encender por el fuego del Santo Espíritu de Dios que nos trae esa fuerza que Jesús nos ofrece cada vez que se revela.** Cristo lo hizo allí en ese momento íntimo donde los discípulos estaban tristes y angustiados, y de alguna manera no sabían que hacer. Pensaban que Jesús había fracasado y sin embargo estaban orantes, había algo en su interior que los impulsaba a esperar en el Señor.

Beata Juliana de Norwich:

“... Y todo, sea lo que sea, acabará bien”

Benedicto XVI: extracto de la Audiencia General del día 1 diciembre 2010 (y 3)

Si Dios es sumamente bueno y sabio, ¿por qué existen el mal y el sufrimiento de los inocentes? También los santos, precisamente los santos, se han planteado esta pregunta. Iluminados por la fe, nos dan una respuesta que abre nuestro corazón a la confianza y a la esperanza: en los misteriosos designios de la Providencia, incluso del mal Dios sabe sacar un bien más grande, como escribió Juliana de Norwich:



«Pero Jesús, que en esta visión me enseñó todo lo que me era necesario, respondió con estas palabras: **«El pecado es necesario, pero todo acabará bien, todo acabará bien, y sea lo que sea, acabará bien»**. En esta palabra desnuda, «pecado», nuestro Señor me recordó lo que, en general, no es bueno: el desprecio vergonzoso y la espantosa tribulación que soportó por nosotros en esta vida, y su muerte, y todos sus sufrimientos, y la pasión, corporal y espiritual, de todas sus criaturas.»

Sí, queridos hermanos y hermanas, las promesas de Dios siempre son más grandes que nuestras expectativas. Si entregamos a Dios, a su inmenso amor, los deseos más puros y más profundos de nuestro corazón, nunca quedaremos defraudados. **“Todo estará bien”, “cada cosa será para bien”**.

«Por esta contemplación de todos los sufrimientos que siempre existieron o existirán, comprendí la pasión de Cristo, la más grande y de sufrimiento sin igual. Sin embargo, se me mostró tan sólo en un instante, y rápidamente se tornó en consolación. Pues nuestro buen Señor no quería que mi alma se aterrorizara con esta visión espantosa.»

«Pues la Pasión de nuestro Señor es consuelo para nosotros contra el dolor y el pecado, y ésa es su santa voluntad. Debido al tierno amor de nuestro buen Señor por todos los que serán salvados, consuela pronta y dulcemente, como diciendo: **«Es cierto que el pecado es la causa de todo este sufrimiento, pero todo acabará bien, y cualquier cosa, sea cual sea, acabará bien»**.»

«Y en estas mismas palabras vi un profundo y maravilloso misterio escondido en Dios, que se nos desvelará y se nos dará a conocer en el cielo.»

Esto lo vivió con gran intensidad Juliana de Norwich.

Que su ejemplo os ayude en vuestra vida cristiana, para que siempre seáis signos vivos de la caridad de Cristo y transmitáis a los demás con serena alegría la belleza de su mensaje de salvación.